

■ ■■■

NAZARIN, SUS DOS MUJERES Y UN SUEÑO

Guzmán Álvarez

Un momento crucial de la vida eclesiástica de Nazarín lo lleva a sustituir su traje talar y su teja por los de paisano. En cuanto a sus agujereados zapatos, los abandona y marcha a pie desnudo porque tiene que dejar su función de cura. Pero si abandona la práctica sacerdotal no renuncia a la doctrina de la misma; por el contrario, seguirá dirigiendo su vida ascética en todo momento. De sacerdote pasa a ser mendigo errante que seguirá predicando los mandamientos cristianos.

Abandonemos ahora unos instantes los contextos que nos suministraron estas noticias y tratemos de penetrar en lo que mueve estos actos. Nazarín está descontento del ejercicio profesional y lo abandona para practicar la doctrina que lo informa, no en el templo, sino al aire libre, en el campo ayudando al menesteroso que lo necesite, cambiando su esfuerzo personal por un trozo de pan o los céntimos equivalentes, o ejerciéndolo gratuitamente. Este ejercicio mendicante quiere hacerlo solo, usando de su propia libertad como quiera y cuando se le presente la ocasión; sin trabas de ningún género. Veamos ahora si la trayectoria que van a seguir sus pasos coincide con este anhelo.

Salió de Madrid por la puerta de Toledo pensando coger la ruta de Trujillo. Iba alegre, gozando de aquella libertad en que acababa de entrar, cuando se le acerca un hombre a quien había conocido y le había hablado de Andara, mujer pública del barrio donde había vivido Nazarín, y en cuyo alojamiento se había recogido después de haber asestado una cuchillada a una compañera de oficio.

Las relaciones que entonces se establecieron entre ambos tenían una doble función: que Nazarín la curase de las heridas mortales que la estaban desangrando y que la salvase de caer en manos del verdugo, especialmente si moría su víctima, lo cual parecía inminente. Pues bien, una vez curada, y en ausencia del cura, decide prender fuego a la vivienda inmundada en que vivía éste.

Ha pasado el tiempo suficiente para que Nazarín se olvidase de los acontecimientos con Andara. Al recordársela el mensajero e indicarle donde vivía —allí a dos pasos— no se le despertó el menor deseo de verla. Pero le salió al paso.

Le costó trabajo reconocerla: tal era el estado de fealdad en que la habían dejado las vicisitudes precedentes. Ahora vivía en aquellos alrededores con una prima, y olvidada de

su oficio. Le propuso irse con él, pero no lo aceptó Nazarín: “Si eres buena algún día, me encontrarás” (p. 112 de Ed. Hernando).

Es notable el tesón de este personaje femenino, caricatura de una mujer que había trocado sus gracias por mantenimiento. Así como tampoco es menos notable la intuición de que ha sido dotado Nazarín para penetrar en el interior de sus convivientes. Y son, en gran medida, las que condicionan la protagonización del libro.

No tardó mucho en cumplirse el pronóstico del cura. Después de haber pasado el resto de la jornada en menesteres propios de su nueva ocupación mendicante, se aloja en un amplio solar de Móstoles, cubierto en parte, donde se alojaban ya otros mendigos. Entrada la noche y dormidos los inquilinos, llega Andara que había seguido de lejos a Nazarín. “No se asuste, padre, soy yo, Andara,... No quería venir, pero las piernas solas me han traído... No sé que me pasa, tengo que ir con su reverencia, o si no, que me entierren...” (p. 120). Reinó el silencio hasta la madrugada. Al despertar Nazarín, se extrañó de que Andara no estuviese allí.

Volvió con una noticia: una amiga suya que vivía en Móstoles con una hermana viuda. tenía una hija gravemente enferma, por cuyo motivo suplicó a Nazarín que fuera a verla. No era un médico, no; pero sí es un santo y “puede hacer un milagro si quiere... No blasfemes, ¡ignorante, mala cristiana! ¡Milagros yo!” (p. 124). La prédica ocupa más de media página. Consiguió, no obstante, Andara que fuera a ver a la niña y a pedir a Dios su salvación. Preguntó después Nazarín por el lugar de la iglesia, y pasó allí todo el día. Al salir del templo se encontró con Andara y su amiga Beatriz, tía de la niña enferma, muy contentas porque ésta parecía volver a la vida.

Lo llevaron a cenar a casa y a observar a la enferma que daba algunas muestras de mejoría. Del tema de la niña se pasa al estado poco saludable de Beatriz. Esta se encontraba inapetente, padecía de insomnios, le horrorizaba ver “un cura con hábitos, un mirlo enjaulado”, encontrarse con un jorobado, oír campanas, etc. “Pues eso —dijo Nazarín— no es brujería ni demonios; eso es una enfermedad muy común y muy bien estudiada que se llama histerismo” (p. 135). Le dio algunos consejos que la consolaron mucho, y decidió retirarse al solar donde había pasado la noche precedente. Pasó un buen rato rezando y se durmió como un bendito. Lo despertaron los pájaros y poco después entraron Andara y Beatriz a darle las albricias: la niña había mejorado.

Fueron todos allá a celebrar el buen suceso.

El contexto de la niña enferma nos muestra, a través de sus contrastadas reacciones (dolor, alegría) el fondo humano que hay en muchos seres, especialmente de un medio humilde, y que descubren espontáneamente en el momento de sentirlo.

El suceso de la niña enferma sirve también de engarce al autor para formar esta triada moralizadora que sigue, y que está dispuesta a sacrificar todas sus apetencias orgánicas en bien del ser humano que necesita de sus auxilios.

No quería Nazarín compañía alguna; había anhelado desde un principio andar solo, mendigar y hacer sus prestaciones sin ningún auxilio; defendió su anhelo de soledad ante la fina dialéctica de Andara; pero finalmente lo venció ésta: había recibido Beatriz la invitación de la dueña de un lupanar de Madrid, y accedió el hombre mediante la promesa de “ser buenas y obedientes en todo”.

Como preámbulo catequístico, veamos como se desarrolla la primera noche camino de Navalcarnero.

A causa de una formidable tormenta, se refugian en “las ruinas de una antigua cabaña”, donde deciden pasar la noche. Hicieron un buen fuego, a cuyo alrededor se acurrucaron los tres para secar sus ropas. Decidió entonces Nazarín darles “la primera conferencia sobre la doctrina que las pobres ignoraban o habían olvidado” (p. 147). Su palabra era sencilla, los ejemplos claros. Al día siguiente, después de orar los tres de rodillas, emprendieron la marcha. De este modo se iba grabando en su psique una huella virgen que les despertaba una sensación nueva en sus vidas, un concepto del prójimo y de lo creado distinto del que tenían. Mediante el contexto de esta práctica, y teniendo en cuenta los dos momentos en que se realiza, nos muestra su autor de qué modo se va condicionando la vida del ser humano que la practica, a los principios inamovibles de una doctrina religiosa. De este modo irá uniendo y moldeando en la novela la vida de estos tres seres hasta que unos acontecimientos trágicos les impidan su cotidiana práctica. El suelo que van a pisar juntos, la trayectoria que sigan a través de los acontecimientos en que toman parte están creados conformemente a las vicisitudes por las que han de pasar; interesándonos únicamente sus reacciones ante el acontecimiento.

La integridad de Nazarín ya la conocemos, resultando más claramente ejemplificada en el episodio de la visita que hizo al Señor de Belmonte, ante cuya fama de desorbitado loco peligroso, no deponen su gran personalidad. Las dos mujeres no toman otra parte en este acontecimiento que la del vano intento de disuadirle de su peligrosa visita. Al verlo llegar al día siguiente tan entero y alegre, manifestaron también su gran contento.

Un buen rato estuvo Nazarín describiéndoles la figura y extravagante personalidad de este hombre que hasta había llegado a considerarlo a él como oriundo de Mesopotamia, como obispo, etc. También sirvió la visita para llenarle el morral de muchas cosas suculentas que sirvieran, en principio, para sentar rotundamente la nota ascética que caracterizaba a nuestro clérigo: ante una golosa exclamación de Andara, contestó secamente, “eso no se cata, es para los pobres”. Contra Beatriz, que obedecía ciegamente los preceptos de aquél. Semejante disparidad de criterio entre las dos mujeres se mantendrá en lo sucesivo, como iremos viendo; la cual ya está manifiesta en la siguiente muestra de la opinión de nuestro escritor: ... “Beatriz, que más fácilmente que la otra, se dejaba inflamar del entusiasmo del novel asceta.” (p. 192). Poco después, ante el sentimiento que les producía el son de una campana a la caída de la tarde surge una pregunta de Beatriz, que, fatigada, yacía a los pies de Nazarín: “ese son de las campanas a esta hora...? es alegre o triste?”. “Yo creo que es triste, afirmó Beatriz. —Yo, que es alegre— dijo Andara”. Terció el hombre dando razón a las dos mujeres. Suspiraron ambas y callaron. Después de algunas consideraciones sobre la vida y la muerte que iba haciendo Nazarín en los descansos del camino, y de las reacciones que experimentaban sus alumnas, especialmente ante el espectáculo de la naturaleza, surge una espontánea discrepancia: “Todo es infinito”, dijo Beatriz con suficiencia. “Esto de que sea una infinita, añadió Andara, es lo que yo no puedo entender.” “Sed buenas y lo entenderéis”, remató él. Poco después surge otra distinción: Combatiendo Nazarín los menudos vicios de la vida vegetativa, confiesa Andara: “Sí, que soy golosa: yo conozco mis flacos”. Opuestamente, “Beatriz se conformaba con todo lo que fuera abstinencia y edificación” (ps. 195, 196).

Por una antigua amiga de Beatriz, con quien se encontraron casualmente, supieron que una terrible peste de viruela asolaba algunos pueblos de aquella región, lo cual sirvió a

Nazarín para transmitir a sus mujeres el entusiasmo que le producía la noticia porque el Señor les deparaba la ocasión de socorrer a los apestados. Camino de un lugar en donde iban a enfrentarse con la peste, y donde menciona el autor otra diferencia entre los temperamentos de ambas mujeres: Andara probó los manjares del Señor de Belmonte, sin excederse; y toda la noche, aun después de dormida, estuvo relamiéndose” (p. 197). En cambio Beatriz la pasó en vela. Se sintió enferma, como en otras ocasiones se había sentido; pero esta vez era una angustia placentera..., como una satisfacción de sentirse mal.” Durante la noche creía ver cosas buenas, sin darse cuenta de lo que veía. Por la mañana no le dijo nada a don Nazario porque “desconfiaba de las visiones”. Por otra parte, se encontraba mejor.

Emprendieron el viaje y, aún temprano, llegaron al primer pueblo apestado. Trabajo les costó a las dos mujeres entrar en aquel lugar pestífero del que emanaba una repugnancia que provocaba el vómito. Pero una encendida arenga de don Nazario les mitigó su estado, y entraron en funciones haciendo un tremendo esfuerzo, bien que con distinto estado de ánimo: “Andara llegó a adquirir una actividad estúpida. Se movía como una máquina, y desempeñaba todos aquellos horribles menesteres casi de un modo inconsciente...Sus sentidos estaban atrofiados” (p. 201, 202) “Beatriz obraba conscientemente...Poseía energías espirituales con que vencer su flaqueza e imponerse aquel durísimo deber... Evocando su fe naciente, la avivaba como se aviva y agranda un débil fuego a fuerza de soplar sobre él” (p. 202). “Al llegar la noche, la de Polvoranca (Andara) se rindió displicente..., la de Móstoles (Beatriz) se rindió gozosa, como soldado herido que no se cura más que del honor”. El árabe manchego sí que no se rendía: “al llegar la noche (después de haber estado todo el día curando a unos, sintiendo morir en sus brazos a otros) “no apetecía más descanso que enterrar los doce muertos que esperaban sepultura” (203, arriba).

Así, de un pueblo en otro, anduvieron seis días luchando con la peste y la muerte, “en los cuales Beatriz llegó a sentir una segunda naturaleza...Andara, una actividad y diligencia que dieron al traste con sus hábitos de pereza...Nazarín, “un héroe cristiano”.

Contentos, satisfechos de su labor benéfica, volvieron a su habitual peregrinación.

Pronto encontraron un lugar ameno en cuyas proximidades había un castillo en ruinas donde decidieron acampar durante unos días de necesario descanso y abundante alimentación.

Se sentían muy felices en aquel elevado campamento, situado no lejos de un pueblo a donde podían bajar: a la fuente, a la iglesia, a comprar alguna cosilla. Pero un día, regresando Beatriz del mismo, se le presentó el Pinto (antiguo novio) que había ido allí al trato de ganado, y se enteró de su residencia. La amenazó de muerte: si no accedía a entrevistarse con él en el Mesón, asaltaría con sus amigos el castillo y los mataría.

Beatriz comunicó la noticia a Andara y decidieron las dos transmitírsela a Nazarín unida a la resolución de huir los tres; lo cual lo sobresaltó y se negó en redondo: él no concebía una huida.

Por la mañana iban a salir de pordioseo, como de costumbre, cuando un enano que habitaba en el pueblo, y a quien Andara había conocido, les comunica la situación peligrosa en que se encuentran aconsejándoles la inmediata huida, ya que la Guardia Civil está encargada de ir a buscarlos. No le prestan atención y emprenden su marcha.

Fue un día aciago porque los maltrataron y los despojaron de todo lo que habían recaudado, que no era poco por ser aquella una región bastante productiva.

Referente al regreso hacia su morada, se encuentra el lector con un contexto de fondo muy humano, delicadamente descrito.

Se sentó Nazarín a descansar y al poco rato se situó sencillamente Beatriz junto a él. Andara siguió recogiendo bellotas para la cena. Sintió entonces Beatriz que se encendía en su alma “como una hoguera de cariño”... “Después, observándose hasta lo más profundo, creyó que no debía comparar aquel estado del alma al voraz incendio que abraza y destruye, sino a un raudal de agua que milagrosamente brota de una peña y todo lo inunda” (p. 241). Tenemos aquí la sustitución del término amoroso “fuego”, ya del habla popular o, distintamente, de la mística, por el también símbolo amoroso “agua”. De este modo sustituye el escritor el símbolo de apasionamiento intenso, “fuego”, por el de amor puro, verdadero.

Poco después, y situados semejantemente, dejó gravitar la cabeza Beatriz sobre el hombro de Nazarín y quedó dormida.

No termina aquí la situación amorosa. Posteriormente dirigió la mirada aquél al tercer personaje, Andara, quien, caída la cabeza sobre el pecho, se acercó a él lloriqueando. “Se te ha ocurrido algún mal pensamiento?, le preguntó. “No es eso... Una tiene su amor propio... vamos... su aquél de *vanida* ... Lo diré en redondo y claro: Que usted quiere más a Beatriz que a mí” (p. 244). Nazarín las equiparó en amor y remató los celos de Andara diciendo: “Tonta ven acá, y si tienes sueño... Arrímate a mí por este otro lado y echa también un sucñecico.”

Cansados y descontentos, llegaron a su empinado campamento cuando se iba ya el día.

Cenaron las bellotas que habían recogido, y cuando se disponían a pasar la noche en necesario descanso oyeron tumulto de voces y vieron resplandores de hoguera que subían hacia el Castillo. Pronto se dieron cuenta las mujeres que iban a prenderlos. El monstruoso enano tenía razón.

Metidos dentro del cortejo de escarnio presidido por el alcalde, y bajo la custodia de la Guardia Civil, llegaron a la cárcel de aquel ayuntamiento donde dicho alcalde hizo un largo interrogatorio a Nazarín, comentando al mismo tiempo el motivo de su detención; no siendo otro que al andar errando en compañía de dos mujeres, una de las cuales, Andara, estaba acusada en Madrid de haber cometido un crimen. La otra, Beatriz, quedará libre en Móstoles, de donde es vecina.

Durmieron los tres delincuentes, allí esperando la llegada de otros penados para seguir hasta Navalcarnero. Entre ellos había dos con causa criminal evadidos de la prisión de Madrid, en quienes reconocieron a los asaltantes que les habían quitado todo lo recaudado aquel día.

Llegados a Navalcarnero los internan en la cárcel, en la cual, debido a las seguridades que ofrecía contra posibles evasiones, quedó libre de la presencia de la Guardia Civil, una vez que habían sido distribuidos los presos en adecuadas celdas.

La escena que se desarrolla entonces en la de los hombres es de horrenda crueldad. Había ya en ella tres extremados delincuentes: quienes, unidos a los recién llegados, se pusieron a insultar a Nazarín tan soezmente, que no pudiendo contenerse, les soltó una fuerte plática, especialmente a causa de las injurias y ofensivos términos contra Jesucristo y su doctrina. Hubo un corto tiempo de silencio, más la reacción que siguió fue asombrosa: al primer bofetón, Nazarín rodó por el suelo (p. 279). Pudo incorporarse para decirles que los

perdonaba, como cristiano que era; pero que no cabía en él el sentimiento del perdón en aquel momento, separado del desprecio que igualmente sentía. La reacción entonces fue bestial: cayeron sobre él sin piedad hasta dejarlo exánime. Después de una larga pausa, volvió a oírse la voz de Nazarín manifestando su muy sentido perdón ahora. Transcurrido un breve silencio, se oyó la voz defensora de uno de ellos, apodado el *Sacrilego*, que no había tomado parte alguna en la lucha, y que se erige en defensor de la víctima con la autoridad y presencia necesarias para dominar a los demás delincuentes. En adelante éste se hace excelente amigo de Nazarín, que igualmente lo aprecia como tal.

Al día siguiente vuelven a juntarse hombres y mujeres para continuar el largo viaje penitenciario.

Al ver las dos mujeres el estado en que se encontraba Nazarín, se volvieron medio locas. A Beatriz la colmó la voz de él mismo manifestando el deseo de que se cumpliera “la voluntad del que todo lo gobierna”. Quien no admitía consuelo era Andara: se retorció los brazos y rechinaba los dientes. Dirigiéndose al *Parricida*, principal autor del estado lamentable del cura, le lanzó lo siguiente: “Quisiera ser culebra, una culebrona muy grande y con mucho veneno para enroscarme en ti y ahogarte y mandarte a los infiernos, grandísimo traidor, cobarde” (p. 301).

Llegados a la destartalada cárcel de Móstoles, sintió el maltrecho Nazarín un frío intenso seguido de un “horroroso quebrantamiento de huesos”; y éste, de un calor tremendo. En semejante situación tuvo que abandonar Beatriz la cárcel por no estar en situación presidaria. Cuando se enteró Nazarín, sintió mucha pena; pero la consolaron el *Sacrilego* y Andara diciéndole que estaba en casa del Alcalde allí al lado.

Se encontraba Nazarín en un estado febril, letárgico, del que despertaba alguna vez a causa del dolor que sentía. Andara se le acercaba con agua para beber y a darle alguna breve explicación que apenas comprendía. “No duerma, rece en voz alta para que *haiga* ruido” (p. 308) “Me alegro que no esté aquí Beatriz que todo lo quiere arreglar con lágrimas y suspiros. Yo soy muy guerrera... No duerma, Señor”. Y desapareció de pronto.

Preparaban ella y el *Sacrilego* la huida por un boquete del tejado, que daba al corral; pero al llevarlo en hombros y hacerle alguna advertencia, se dio cuenta y se negó rotundamente: “Yo no huyo... Huid vosotros y dejadme solo”. No quisieron marcharse sin él.

Nazarín se sentía completamente turbado, no luciendo en su mente más que la conciencia de su mal: “Tengo un tifus horroroso”, exclamó una vez.

Cuando despertó del estado letárgico sólo se dio cuenta de que lo sacaban de la cárcel y lo conducían tirando de él por una soga atada al cuello. “El camino era áspero... sangraban sus pies”... Dudaba a veces, “si aquello era real o ficción de su mente”.

A partir de estos momentos, el lector se da cuenta de que, efectivamente, ha entrado en una ficción de la novela misma, o sueño.

Vamos a leerlo dividido en dos partes: Sueño de Beatriz, sueño de Andara. Objetivo: salvar la vida de Nazarín. Comienza de este modo:

“Delante vio Nazarín a Beatriz transfigurada. Su vulgar belleza era ya celeste hermosura, que en ninguna hermosura de la tierra hallaría semejante, y un cerco de luz purísima rodeaba su rostro. Blancas como la leche eran sus manos, blancos sus pies, que andaban sobre las piedras como sobre nubes, y su vestidura resplandecía con suaves tintas de aurora.” (p. 313).

Esta celestial imagen de Beatriz anuló la de sus acompañantes y sus verdugos, oscurecidos por una bochornosa niebla formada por suspiros y sudores angustiosos. De pronto, el sol, "un sol ardiente la disipó", y con ella se borró también la imagen de Beatriz. Una nueva visión aparece y reemplaza a la anterior: grupos de gentes a pie y a caballo, disparando armas de fuego y blandiendo espadas, a los que se unen los conductores de Nazarín, arremetieron ferozmente a éste; pero no lograban matarlo, ni le hacían perder una gota de sangre. "Y, aunque él no se defendía ni con un arañazo infantil, la furia de tanta y tan aguerrida gente no podía prevalecer contra él (p. 314). La tremenda guerra no terminaba. Ante tanta ferocidad llegó a temer su muerte o a que lo encarcelaran.

Entonces "vio que de la parte de Oriente venía Andara, transfigurada en la más hermosa y brava mujer guerrera que es posible imaginar. Vestida de armadura resplandeciente, en la cabeza un casco como el de San Miguel, ornado de rayos de sol por plumas, caballera en un corcel blanco, cuyas patadas sonaban como el trueno, cuyas crines al viento parecían un chubasco asolador, y que en su carrera se llevaba medio mundo por delante como huracán desatado, la terrible amazona cayó en medio de la caterva y con su espada de fuego hendía y destrozaba las masas de hombres. Hermosísima estaba la hembra varonil que en aquel combate, peleando sin más ayuda que la del Sacrilego, el cual también transformado en mancebo militar y divino, la seguía, machacando con su maza y destruyendo de cada golpe millares de enemigos. (p. 315). No tardaron las tropas nazaristas en dominar en el campo de batalla donde se oía la voz de Andara gritando: "Atrás, muchedumbre vil, ejército del mal, de la envidida y del egoísmo... Atrás, digo, que yo puedo más y os convierto en polvo y sangre cenagosa y en despojos que servirán para fecundar las nuevas tierras"...

"La angélica Beatriz miraba desde una torre celestial el campo de muerte y castigo, y con divino acento imploraba el perdón de los malos." (p. 316).

"Acabose la visión, y todo volvió a los términos de nebulosa y triste realidad" (p. 317)

Comentario

De una lectura llana, sin prejuicios psicológicos, los sueños de Nazarín nos parecerían absurdos o incongruentes o producidos por una ilusión. Pero estamos interpretando una novela que los contiene, y que sin ellos, quedaría reducida a la narración de unos hechos verosímiles, bien que no frecuentes: los tres seres encerrados en la cárcel nos producirían pena y nada más. Gracias a los sueños los personajes adquieren una dimensión más y, por lo mismo, la perennidad de unos principios que están en la persona humana en estado latente; pero no por eso dejan de ser verdaderos, ayudándonos a conocer mejor el engranaje del hombre y de la mujer en sus fundamentales relaciones.

Al intertarlo en nuestro caso, tengamos en cuenta que esta ficción o sueño brota en el mismo momento en que sus personajes, pertenecientes a la narración novelada, pasan a ser material onírico sin interregno alguno. Todo se vuelve sorprendente: se pierden los cuerpos en una atmósfera caliginosa, angustiosa, que repentinamente es disipada para reaparecer después. Pero lo verdaderamente notable es que Beatriz desaparece por completo de este sueño que comienza con ella. Surgirá al final de los dos sin haber tomado parte en ninguno.

Si es verdad que es propio de los sueños la falta de ilación entre los elementos que constituyen sus contextos; pero en nuestro caso obedece esta situación de Beatriz, como la de Andara, a las características temperamentales de que han sido dotadas, y que el autor nos las ha ido mostrando oportunamente. Relacionado con la situación actual, está el hecho de que Beatriz es dócil, sumisa, y se ha enamorado místicamente de su maestro. Opuestamente, Andara: dócil a Nazarín en estado de paz, pero emprendedora y sutil en los casos que lo requieren. La diferencia de temperamentos la expone el autor en diversas ocasiones, como queda anotado.

Tenemos entonces justificada la ausencia de Beatriz; es decir: su incapacidad para caudillar unas tropas apocalípticas como eran aquéllas. Opuestamente está manifiesto el intrépido caudillaje de Andara. Añádase como antecedentes de ésta, el hecho de haber acuchillado a una compañera de su anterior oficio, por una parte, y de que a ella se debe la formación del grupo mendicante, por otra. No es por nada el hecho de que el autor se haya detenido oportunamente a reflejar las cualidades de los seres que engendra.

Estamos, pues, ante los contextos de dos mujeres que coparticipan en la vida elementalmente humana del protagonista, y en la que muestran su sana interioridad: sus reacciones anímicas y orgánicas propias de su feminidad.

Le falta entonces a Galdós manifestar de algún modo lo más íntimo de su personaje central: un hombre bien constituido, de singular atractivo físico (de "moro" lo califica frecuentemente el autor) y retraído por su condición eclesiástica. De este complejo nace la temperamental exigencia del *sueño* de Nazarín, latente, como callada referencia, desde los orígenes de la novela.

Al analizarlo ahora, observamos que tiene dos fases distintas. En la primera, sin caudillo que lo dirija, las hordas atacantes enfurecidas locamente no conseguían herirlo. El sueño llega a tomar un marcado signo de irracionalismo que termina por atemorizarlo; hasta podrían reducirlo a prisión. A esta situación irracional en que se encuentra Nazarín, viene a sumarse la sorprendente aparición de Andara: nada es real, ni su atuendo ni sus armas, etc. Y todo cuanto la rodea en su desorbitada acción es quimérico. Lo que sí es auténtico es el germen que lo produce: un complejo de atractivo sexual, de respeto y de cariño por el hombre con quien convive y que nunca se hace ostensible plenamente. O, dicho de otro modo: referente a los dos protagonistas del sueño, se han puesto de manifiesto las "ideas latentes" que están inmersas en la existencia del ser humano.

Pero esto no es todo porque se trata aquí del comentario de una novela que nos lleva a examinar la parte contextual que precede y origina el sueño desde un punto de vista referente a la reacción que experimenta su protagonista.

Primeramente la notamos sorpresiva: en el pensamiento de Nazarín no cabía la menor sospecha de que pudiera ser conducido a una cárcel. Añadamos aquí la extrañeza que le produce la inacabable e intermitente perorata, adornada con dicerios mortificantes que le dirige el alcalde del lugar donde comienza su encadenamiento. Seguidamente, y como causa principal, está la monstruosa conducta de algunos compañeros de prisión mofándose de él y golpeándolo atrocemente hasta dejarlo inerte, casi exánime. Por último, las atenciones de Andara al verlo en semejante estado, y la de otro preso, el *Sacrilego*, que se apiada de él, lo aliviaron en lo posible. Pero al ponerse en marcha para otra prisión se movía con extremada

dificultad. De este modo, y formando parte de una cadena de presos como dolorido eslabón o esclavo, forja su desvanecida mente el sueño como liberación de una obligada convivencia, en la que el maltrato y el crimen conviven con él. Pues bien, todo ello está unido en la mente del novelista de fines del siglo pasado al abandono en que se encontraba la formación de una ciudadanía por parte de los organismos adecuados del Estado, reflejo claramente manifiesto en el sueño y en otros pasajes de la novela.